

«Ha llegado Collar» El cielo no puede esperar

El 16 de abril falleció en París el crítico cinematográfico **Jorge Collar**. Comenzó a colaborar en *Nuestro Tiempo* en 1955, un año después de su fundación, y desde entonces su firma no faltó nunca en la revista. Cuatro de sus incondicionales comparten sus recuerdos sobre este pescador certero de joyas del celuloide, humilde como pocos pese a su veteranía, que amó el cine hasta el final.

TEXTO *Pablo Echart [Com 96 PhD 01]*

FOTOGRAFÍA *Archivo Fotográfico Universidad de Navarra*

ES DIFÍCIL OLVIDAR EL PRIMER TRABAJO. A mí me lo dio *Nuestro Tiempo* y las gracias se las debo, en especial, a **Pedro de Miguel**. Corría el año 1997, y fue **Peter** quien me ofreció la oportunidad de incorporarme a la revista como redactor jefe, tarea que compaginaría con mi iniciación en una tesis doctoral sobre la comedia del Hollywood clásico. Yo me sentía algo abrumado en aquella redacción en la que era fácil cruzarse con algún *crack*. Obviamente, el primero de ellos era **Peter**, tan sagaz a la hora de detectar temas de interés para la revista y tan divertido e inteligente en sus columnas; pero también una serie de brillantes —y jovencísimos— colaboradores, que escribían con una facilidad para mí pasmosa y envidiable; o **Joseluis González** [Filg 82], cuyas correcciones de estilo hechas a mano sobre los textos que íbamos a publicar han sido la mejor clase de Lengua que he tenido nunca.

En fin, allí estaba yo, sin saber mucho de nada y sin experiencia en ninguna otra redacción. Una de las primeras tareas que **Peter** me encomendó para espabalarme

fue la edición de algunos artículos y reseñas, incluidas las críticas de cine que con puntualidad británica nos enviaba **Jorge Collar** desde París. «Hallegado **Collar**», me decía **Peter**, y me tendía el sobre blanco que incluía invariablemente unas palabras afectuosas, una copia impresa de las reseñas, diapositivas de las películas y un *floppy* —los cedés no habían llegado, y el correo electrónico por ahí andaría— con el que ponerse a faenar. A diferencia —debo reconocerlo— de algunos ensayos sesudos con los que me tenía que pelear, el «Ha llegado **Collar**» era el anuncio de un buen plan para las siguientes horas de trabajo.

Lo primero que me llamaba la atención de aquellos sobres era la generosidad de **Jorge**. Siempre enviaba más críticas de las que podían publicarse, dejando que nosotros hiciéramos la selección de las más adecuadas (por calendario de estrenos, por procedencia, etcétera). Tampoco escatimaba en su extensión, y jamás se enfadó por los tijeretazos —a veces salvajes— que yo metía a los textos para

que encajaran en la maqueta. **Jorge** demostraba tener un gusto heterodoxo, con el que era capaz de apreciar películas de muy distinta procedencia y naturaleza, desde el Hollywood más ruidoso e industrial hasta las filmografías periféricas más remotas y modestas. Estaba en las antípodas de esos críticos estridentes que tratan de imponer su yo al escribir, como también de esos otros a los que es preciso leer una y otra vez para tratar de comprenderlos. Siempre pensaba en su lector, y acometía su tarea con rigor y modestia, sin orillar sus puntos de vista pero sin imponerlos tampoco de manera grosera. Como se espera de un buen crítico, **Jorge** atendía a los aspectos formales del celuloide, pero lejos de agotarse en la mayor o menor brillantez de los giros de guion, de la interpretación de los actores o del uso virtuoso de la cámara, ayudaba al espectador a dar razón de sus emociones y a comprender la misteriosa relación que se establece entre él y una película. Para **Jorge**, no eran solo un entretenimiento más o menos conseguido, sino expresiones





Las críticas de cine de Jorge Collar se publicaron en *Nuestro Tiempo* durante seis décadas.

de valor artístico, cultural y social capaces de emocionarnos y, también, de ampliar nuestra imagen del mundo y de nosotros mismos.

En 2002 tuve la oportunidad de entrevistarle con motivo de su participación en un congreso celebrado en la Universidad de Navarra. Por supuesto, le pregunté por Cannes, el festival más importante del mundo y del que **Jorge** fue su crítico más fiel y el más longevo, lo que le hizo merecedor en 2010 de la Plume d'Or. Le pregunté también por la función y las cualidades del crítico, profesión que puede convertirse en una verdadera tortura si este pierde la capacidad de admirarse. Reconocí su estima por los intérpretes, la fe en que su presencia en la pantalla es insustituible y misteriosa, más rica «que la mayor de las imaginaciones virtuales». Y le animé a improvisar un canon, en el que hicieron doblete **Tarkovski** (*Andrei Rublev* y *Sacrificio*), **Bergman** (*Gritos y susurros*, *El séptimo sello*) y **Welles** (*Ciudadano Kane*, *Campanadas a medianoche*), y que clausuró con un «y cualquier cosa de **Robert Redford**».

Jorge escribió para *Nuestro Tiempo* desde sus inicios, y lo hizo de forma continuada prácticamente hasta el último día de su vida. Tuvimos la suerte, en el número 700, de darle las gracias por sus colaboraciones escritas a lo largo de más de seis décadas, casi nada. Sin duda, su firma es la que más veces se ha recogido en esta revista, y será imposible superarle.

En aquella entrevista que le hice, hablamos de **Truffaut**, de **Shyamalan**, de **Ivory**, de **Fellini** (y de la connotación que le provocó ver *Los clowns*). No mencionamos en cambio a **Hawks**. Al escribir estas líneas me pregunto qué pensaría de sus películas. Y me digo que tendrían que gustarle a la fuerza, con toda esa constelación de personajes que demuestran la excelencia en su dedicación profesional. Y que si son excelentes lo son, sobre todo, por una razón: porque sienten un profundo amor, una profunda pasión por aquello a lo que han dedicado su vida. ^{NR}

RECUERDOS

Un ejemplo de amistad y de apertura



HERVÉ PASQUA

Profesor de Filosofía. Université de Nice Côte d'Azur

«La primera vez que me encontré con **Jorge Collar**, en el verano de 1966, yo acababa de conocer el Opus Dei, al que él pertenecía. En esa época, yo era estudiante de Filosofía en Aix-en-Provence. El recuerdo de su personalidad quedó vivo en mi mente. No he olvidado una de las expresiones que nos decía: “El que se lleva bien con todos es un buen cristiano, es un signo inequívoco de santidad”. Pienso que lo define a él porque lo explicaba y antes lo vivía. Lo he conocido siempre sonriendo, tratando de generar a su alrededor un ambiente acogedor y estimulante. Cuando llegó a la madurez, mantuvo esa sonrisa que transmitía paz. Además de su faceta profesional como crítico de cine, también estuvo muy atento a los acontecimientos artísticos contemporáneos. Fue ese interés suyo por todo lo que a mí me llamó la atención y me ganó la estima desde el primer día».

Noches de Cannes



ÁNGEL BLASCO

[Com 79] Productor de cine

«Ya durante la carrera, en los años setenta, cuando me fui orientando profesionalmente hacia el cine, leía y guardaba las críticas de **Jorge Collar** en *Nuestro Tiempo*, que aún conservo.

Conocía su voz desde antes, por sus crónicas en Radio Nacional sobre la actualidad francesa. También oía hablar de él en casa porque era buen amigo de mi padre, que trabajaba en distribución cinematográfica. Mi padre viajaba a París con frecuencia y **Jorge** le ayudaba a organizar los encuentros con las compañías americanas, que tenían allí su sede para Europa. **Jorge** le orientaba sobre las cintas americanas más interesantes y mi padre comentaba que los ejecutivos de Warner, United Artist, Disney o Columbia se sorprendían. «Sabes más que nosotros —le decían—, nos hablas de películas que todavía no estamos comercializando». La ayuda de **Jorge** en las negociaciones resultaba también muy valiosa, por sus conocimientos y la agudeza de sus observaciones. En el caso de *Mary Poppins*, las conversaciones terminaron en un contrato de distribución con Disney que duró treinta años.

En los años ochenta, me incorporé a trabajar con mi padre y comencé a asistir al *Marché du Film*, en Cannes, que tiene lugar,

cada año, durante los días del Festival. Allí, compartía con **Jorge** el apartamento que alquilaba en la Rue Georges Clemenceau, con preciosas vistas a la bahía.

Salíamos los dos, muy de mañana, yo en busca de proyectos por descubrir antes que la competencia, y **Jorge** a las proyecciones del Festival. No dejaba pasar una. Cada día, a media tarde, cuando yo volvía cargado de guiones, lo encontraba redactando sus crónicas antes de ponerse el esmoquin para asistir a la *première* programada.

Y, al regresar, él me encontraba leyendo los guiones del día. Manteníamos entonces charlas interminables sobre cine mientras nos preparábamos una cena ligera. Dormíamos poco, pero nunca olvidaré aquellas noches de tertulia.

Así transcurrieron las jornadas del Festival durante los ochenta y los noventa. Con el cambio de siglo, yo me incorporé a Telefónica, aunque siempre solía encontrar un hueco para pasar un fin de semana en Cannes y saludar a **Jorge**, que se mantuvo al pie del cañón hasta 2014, cuando se retiró y le tributaron un gran homenaje. En Cannes todo el mundo lo apreciaba. Era el decano de los periodistas que cubrían el Festival, y su alegría, simpatía y bondad natural eran muy reconocidas.

Vi a **Jorge** por última vez hace cinco años, en un viaje que realizó a Madrid, aunque nos escribíamos y hablábamos ocasionalmente por teléfono. En su felicitación de esta Navidad pasada, después de haber visto *El retorno de Mary Poppins* y volver a ver la *Mary Poppins* original, nos recordaba aquellas negociaciones de hace cincuenta y cinco años, cuando se cerró el acuerdo con Disney y terminaba: «Cannes se aleja cada vez más (ya cuatro festivales sin ir), pero no pierdo la esperanza de veros. Los recuerdos, si no se comparten, se pierden».

Un gran «escuchador»



JUAN JOSÉ GARCÍA-NOBLEJAS

[Com 78 PhD 81] Profesor emérito de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra

«Conocí a **Jorge Collar** a principios de los años sesenta, en París. Ya entonces era admirado por la concisión y claridad de sus críticas cinematográficas, buscando prestar un servicio al espectador. **Jorge** era un gran “escuchador” de películas. Se diferenciaba mucho de los ensayos “de autor”, grandilocuentes y dogmáticos, publicados por revistas como *Cahiers du Cinéma* o *Positif*. **Jorge** gozaba de su trabajo dando pistas al lector para que decidiera qué películas ver, y apreciara sus rasgos desde un punto de vista estético, dramático, narrativo, histórico o vital.

Hablar con **Jorge** de cine contrastaba mucho con la vida que yo llevaba como estudiante en la Universidad de Grenoble y como miembro de su Cinéclub, donde discutíamos hasta el amanecer con Godard, Chabrol y demás, la *nouvelle vague* de sus películas.

Jorge era un gran “escuchador” de personas. Charlar con él consistía sobre todo en saberse comprendido, tratando de lo divino y lo humano. Pero había que estar atento porque, en el fragor de la barahúnda cultural que anticipaba el mayo del 68, podías perder el regalo de sus observaciones».